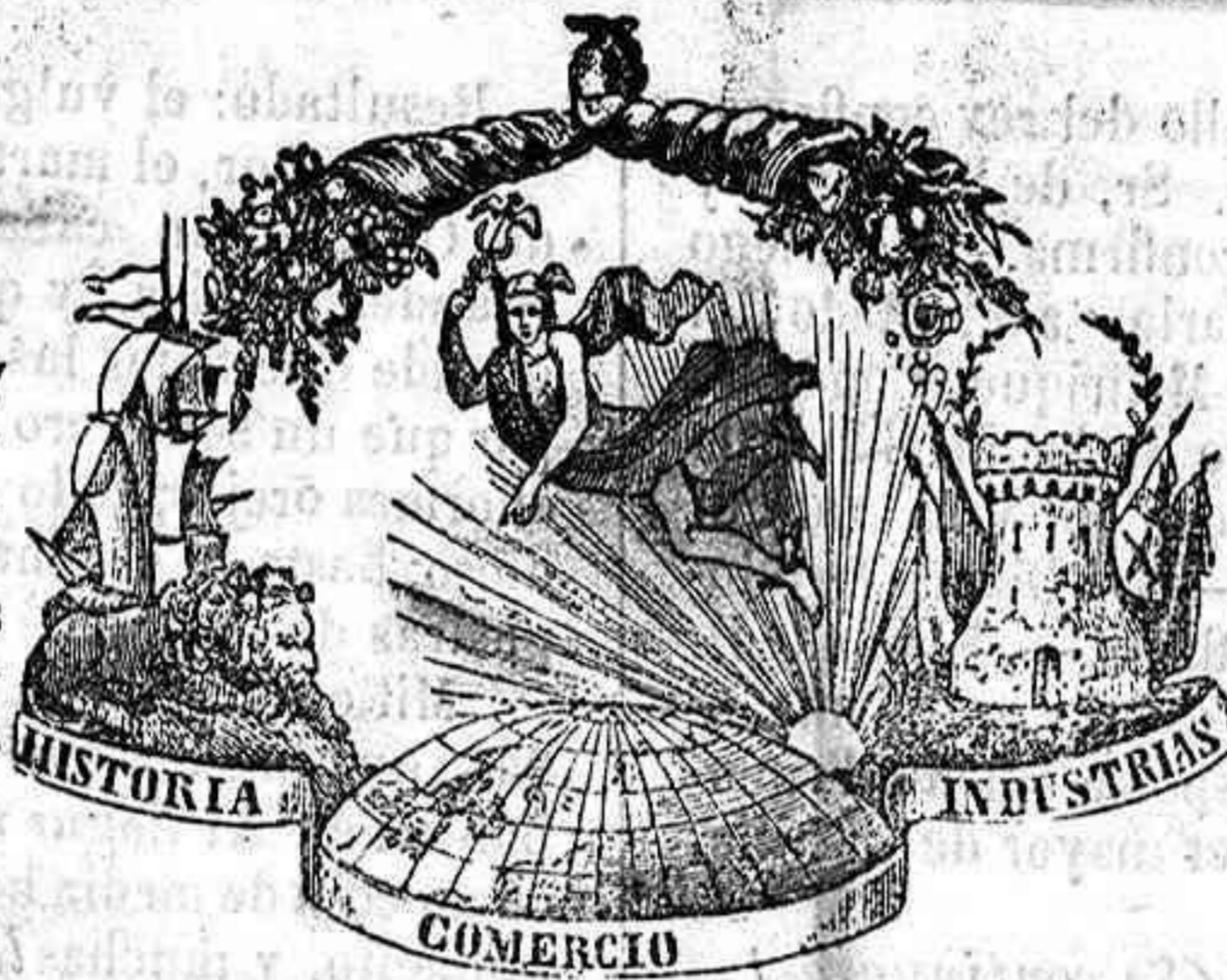


Puntos de suscripcion.

Oviedo: Administracion y Redaccion, Postigo, 22.- Libreria de D. Rafael C. Fernandez.
 Provincias: En casa de los correspondientes, ó remitiendo el importe á la Administracion.



Precios de suscripcion.

En Oviedo: Por un mes 2 reales.
 Por tres idem 6.
 En provincias: 7 reales trimestre.
 En Ultramar: Por un trimestre 5 reales fuertes.

LA REVISTA OVETENSE,

Periódico científico literario, de intereses morales y materiales, de noticias y anuncios.

SE PUBLICA LOS JUEVES Y DOMINGOS.

Copia auténtica del privilegio rodado y confirmacion hecha por los reyes don Enrique I y don Juan el II, con que la exencion y privilegio que el rey don Bermudo concedió á los descendientes de Bellico Aurióles.

(Continuacion.)

E demas mando á todas las justicias y oficiales de la mi casa y corte Chancilleria y de todas las ciudades villas y lugares de los mis reinos y señorios do esto acaeciese, así á los que agora son como á los que sean de aqui adelante que ge lo non consientan, mas que lo defiendan y amparen con esta dicha merced en la manera que dicho es, y que prendan en bienes de aquel ó aquellos que contra el fueren ó pasaren por la dicha pena y lo guarden para facer de ello lo que la mi merced fuere, y que enmienden y fagan enmendar á los dichos descendientes del dicho Bellico Aurióles ó á quien su voz tubiere, en todas las costas y daños y menoscabos que por ende recibiesen doblados como dicho es y demas por cualquier ó cualesquier por quien fincare de lo así facer y cumplir, mando á el home que les esta mi carta mostrare ó el traslado de ella autorizado en manera que haga fe, que les emplace que parezcan ante mi en la mi corte, doquier que ya sea, del dia que les emplazare á quince dias primeros siguientes: So la dicha pena é cada uno á decir porque razon no cumplen mi mandado, y mando so la dicha pena á cualquier escribano público que para eso fuere llamado que de ende á el que la mostrare signado con su signo, para que nos sepamos como se cumple nuestro mandado, y de esto les mandé dar esta mi carta de privilegio

y confirmacion escrito en pergamino de cuero y rodado y sellado con mi sello de plomo pendiente en filos de seda a colores--Dada en la noble ciudad de Palencia á ocho dias del mes de Enero, año del nascimiento de Ntro. Sr. Jesucristo de mi-cuatrocientos cinquenta y siete años.—Yo el sobredicho Rey D. Enrique reinante en uno con la reina D.^a Juana, mi muy clara y muy amada muger, y con los infantes D. Alfonso y D.^a Isabel mis muy claros y muy amados hermanos en Castilla, en Leon, en Toledo, en Galicia, en Sevilla, en Córdoba, en Murcia, en Jaen, en el Algarve, en Algeciras, en Badajoz, en Vizcaya y en Molina, otorgolo este privilegio y confirmolo.—D. Jaime, rey de Granada, vasallo del rey, confirma.—D. Fadrique, primo del Rey, almirante mayor de la mar, confirma.—D. Juan de Guzman, prima del rey Duque de Medinasidonia, Conde de Nieblo vasallo del rey, confirma.—D. Alfonso Pimentel, Conde de Benavente, confirma.—D. Iñigo Lopez de Mendoza, Marqués de Santillana, confirma.—D. Pedro Giron Maestro de la orden de Caballeria de Calatrava, confirma.—D. Juan de Luna, Conde de S. Esteban, confirma.—El Maestrazgo de Alcantara, vaco, confirma.—D. Luis de la Cerda, Conde de Medinaceli, vasallo del rey, confirma.—D. Diego Manrique, Conde de Trebiño, adelantado mayor del reino de Leon, confirma.—D. Diego Manrique, conde de Paredes, confirma.—D. Pedro Manuel, Sr. de Montealegre, confirma.—D. Juan de Almenaque y de Cangas de Tineo, vasallo del rey, confirma.—D. Juan Manrique, Conde de Castañeda, Chanciller mayor del Rey, confirma.—D. Juan Ponce, Conde de Arcos, vasallo del rey, confirma.—D. Fernando Alvarez de Toledo, Conde de Alva, vasallo del rey, confirma.—D. Pedro Alvaroz sorio, Conde de Trasta-

mará, Sr. de Villalobos vasallo del rey confirma.—D. Pedro Alvarez Osorio, Sr. de Barrientos y Ribera, vasallo del rey, confirma.—D. Diego Sarmiento, Conde de Sta Maria, adelantado del Rey, confirma.—D. Miguel Manrique, Conde de Osorio, confirma.—D. Pedro de Acuña Conde de Valencia, confirma.—D. Pedro de Villa Aldran, Conde de Rivadeo confirma.—Rui Diaz de Mendoza, Sr. de Castro geriz, confirma.— El Conde D. Gonzalo de Guzman vasallo del rey, confirma.— D. Alfonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, Prímado de las Españas, Chanciller mayor de Castilla, confirma.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

Lluvias.—Los ojos azules.—Concierto en el Casino.—La Apertura.—Observacion.—Usted lo pase bien.—Peor es meneallo.—La torre, la verja y las alcantarillas.—El teatro.—Conclusion.

Seria escusado que yo comenzase á hablaros del tiempo, caros lectores; cuando todos sabeis que en la semana que acaba de espirar, á penas la impertinente lluvia nos abandonó un momento, y por lo tanto, poco nos faltó para que nos convirtiésemos en ranas.

¡Que cosas tan opuestas hay en el mundo!

Os acabo de hablar de agua, y ahora tengo que hablaros de fuego. No creais que voy á decir os se quemó tal ó cual casa, no; nada de eso: el fuego á que aludo es el que despedían dos lindos ojos azules desde un balcon de cierta casa en la tarde del domingo, abrasando el corazón de algunos pollos.

Al que estas líneas escribe le gustan muchísimo los ojos azules; y por lo mismo cometió alguna que otra imprudencia al ver á la polla N. en la calle de..... y pide públicamente perdón á tan seductora niña por algunas frases pronunciadas en medio de un entusiasmo que rayaba en delirio.

Voy á otra cosa.

El domingo por la noche se dió en el casino un concierto, por un jóven estudiante portugués, que agradó bastante á la concurrencia.

El lunes tuvo lugar la *Apertura* en la Universidad.

Los músicos del Hospicio amenizaron el acto.

El señor Rector distribuyó los premios.

El señor Campillo leyó el discurso inaugural.

Los señores convidados y los que no eran convidados, le oyeron.

Llegó el martes: aquí se me ocurre hacer os una observacion.

Dice el vulgo que el martes es día de desgracias, mas para mí el de la semana pasada fué de felicidades porque dá mucho que hablar en esta revista.

Resultado: el vulgo no sabe lo que dice.

Pues señor, el martes se paseaba por las calles de Oviedo, un caballero gordo, moreno, de grandes patillas, y que vestía un leviton mas grande que todas las grandezas conocidas, al par que un sombrero de capitalista cubría sus enormes orejas; todo en este individuo era grandioso; hasta la cadena de su reloj besaba las piedras de la calle.

Mil curiosos iban en pos de tal monstruosidad, que miraba con asombro á cuantos se fijaban en él. Al llegar á la plaza mayor, se paró como cosa de media hora para observar al Ayuntamiento, y muchas *lágrimas* brotaron de sus ojos.

Algunos de los señores municipales que debajo de los arcos estaban, miraron al señor gordo con prevencion, y no faltó alguno que propusiese á sus compañeros que seria muy conveniente echarle la *morcilla*.

El señor gordo les oyó, y con tono trágico les dijo:

—¡Echarme la morcilla? Bastantes veces me la echasteis ya, hombres sin corazón.

No hubo municipal que dijese *esta boca es mía*, y el hombre aquel continúa y les dice:

—¡Miradme! ¡miradme! En la frente llevo impresos todos los crímenes que conmigo habeis cometido.

—¡Criminales nos llama! exclamó un municipal colocando bien en la cabeza su gorrita nueva.

—Si criminales. Quién sinó vosotros fuisteis los que decretaron mi destierro?

(Los de la guardia urbana se miran estupefactos.)

—Vosotros me insultasteis, vosotros desgarrasteis mis vestiduras, vosotros me escupisteis en la cara; vosotros me abofeteasteis y vosotros me haceis abandonar á mi patria.

(Sorpresa general.)

Mientras que esto pasaba en la plaza de la Constitucion, la noche iba tendiéndose magestuosamente su manto negro por la bóveda celeste.

—Voy á marchar, dijo el hombre del leviton; pero ántes os diré mi nombre.

—¿Quién eres? preguntó un señor municipal.

—Soy don Aseo, que vine á despedirme de vosotros para echaros en cara vuestra perfidia.

Al municipal que acababa de hablar, le pareció prudente tratarle de V. y le interrogó.

—Y á donde se marcha?

—Me voy á donde me cuiden mejor, contestó don Aseo.

Y tomando por la calle de la Magdalena desapareció.

—V. lo pase bien, dijeron á coro los municipales.

Don Aseo abandonó á Oviedo para no volverle á visitar. ¡Cuan cierto es! Diganlo sinó la calle Oscura, *calle de la Porqueria*, y la Puerta Nueva.

El miércoles corrieron voces de la perdida

de... Detente pluma y no vayas á decir cosas que no gusten á ciertas personas, y al fin y al cabo lo mejor será dejarlas en el olvido porque peor es *meneallo*.

La famosa *torre* de la Universidad continúa como siempre, es decir, paralizada en su construcción.

La pared del jardín botánico sigue sin novedad, y la cuestión de *la verga* en su mismo estado.

Las alcantarillas están dispuestas á incomodar á cualquiera.

El jueves he visto la lista de la compañía que ha de actuar en nuestro coliseo, y oí decir que las puertas del teatro se abrirán á la mayor brevedad.

Las noches están frías, y la gente desea tener algo de animación.

Nada de notable ha ocurrido en los demás días de la semana que sea digno de narrarse, y por lo mismo me despido de mis lindas lectoras con harta sentimiento.

Nada más, y punto final.

A. G. Doriga.

ALCANCE.

La fragata *Numancia* se cree que no vendrá por ahora á España, sino que regresará á unirse con los demás buques que han de formar nuestra escuadra de operaciones en el Pacífico. La goleta *Vencedora* continuará por ahora en Filipinas y la *Berenguela* vendrá probablemente á uno de los departamentos marítimos de la Península. La fragata *Almansa* continuará decididamente en Rio-Janeiro con la insignia del almirante.

Se han recibido en Cádiz algunas cartas de nuestros marinos de la fragata *Resolución*. Están fechadas en las Malvinas á 6 de agosto y dicen que seguía adelantándose en las obras del buque para ponerlo en estado de poder continuar su viaje. Era probable, sin embargo, que hasta principios de setiembre no se hiciese á la mar.

Dice un periódico de Valladolid, se presentó por segunda vez el célebre poeta Zorrilla en el teatro de Calderón de la Barca.

La concurrencia fué como en la noche anterior numerosísima y escogida. El Sr. Zorrilla no tan conmovido á la vista de sus queridos paisanos como en la noche primera, dijo y leyó sus preciosas composiciones con más serenidad y marcando con más afecto todas las inflexiones de su privilegiada voz. Del *Album de una Rosa*, leyó una composición no escuchada en la noche anterior, y que obtuvo como todo lo demás, ruidosos aplausos, y multitud de ramos de flores que se iban arrojando á la escena, según terminaban las estrofas.

Fué escuchado con mayor silencio todavía que en la primera noche, y aun nos parece que agradó más, pues su poesía es como esas excelentes piezas musicales de los grandes maestros, cuyas bellezas no se perciben bastante la primera vez que se oyen y gustan más cuanto más se repiten se escuchan, y

cuanto mejor se penetra la riqueza de sus detalles, la hermosura de las imágenes y la sonoridad del verso.

La corte de Pekín, al tener noticia de los asesinatos de los misioneros católicos y de las reclamaciones del almirante francés, ha enviado á Corea un delegado extraordinario para hacer que aquel gobierno dé á la Francia las satisfacciones que reclama para lo presente y las seguridades para lo porvenir.

La intervención de China en este asunto puede ser muy eficaz, porque, según los convenios existentes, tiene derecho de mezclarse en todo aquello que se refiere á las relaciones exteriores de Corea con las potencias extranjeras.

El *Memorial diplomático* asegura que aun no está terminada la cuestión entre la Inglaterra y la España acerca del verdadero carácter del *Tornado* que, como nuestros lectores saben, fué apresado por la fragata *Gerona*, cerca de las aguas de la isla de Madera.

Los constructores de ese buque acudieron, según es sabido, al gobierno británico, insistiendo en que no estaba destinado á las repúblicas del Pacífico. Se han presentado, sin embargo, datos muy importantes que invalidan esta aseveración.

VARIEDADES.

EL HERMANO SANTIAGO.

(Continuación.)

El aldeano iba delante, Mad. Germeuil detrás, y los jóvenes cerraban la marcha cogidos del brazo.

Eduardo, enseñaba á su mujer todos los sitios que le recordaban parte de su juventud.

—Aquí es, dijo Eduardo, donde yo leía al lado de mi padre... en aquella calle de árboles, era el sitio donde tanto le gustaba á mi hermano Santiago correr y subirse á los albaricocales.

—¿Qué es de tu pobre hermano? Nunca has tenido noticia de su paradero?

—No. Sin duda ha muerto en algún país extranjero, pues de otro modo, ya hubiera vuelto á visitar á sus parientes.

Ved ahí lo que sucede cuando no se quiere á un hijo y se le deja pasar con todas sus travesuras.

Eduardo no responde: el recuerdo de su pobre hermano le vuelve triste y pensativo: está persuadido que ya no existe, y su amor propio alimentaba esta idea, á fin de desechar aquella que le presentaban á Santiago, errante, despreciado de todos y envilecido. Desde su casamiento con Adelina tenía miedo de encontrarle, confundido entre pordioseros ó criminales; pensaba que esto obligaría á que Mad. Germeuil le despreciase, así es que siempre que un mendigo de la edad que debía tener su hermano se acer-

caba, á pedirle una limosna, Eduardo sentia el rubor en su rostro, y se alejaba rápidamente sin hacer caso del pobre diablo que imploraba su caridad, temiendo fuese su hermano Santiago.

Eduardo, no era sin embargo sensible; no hubiera podido repelar á su hermano, y por lo mismo temia encontrarle en una situacion despreciable: ved ahí como son los hombres, ese diablo de amor propio ahoga muchos veces los mas dulces sentimientos.

Mas sigamos á nuestros recientes esposos que recorren el jardin, y se oprimen las manos cuando pasan por delante de alguna gruta muy sombría ó por un bosquecillo muy espeso.

El conserje se detiene un momento para volver á poner el collar á su perro; Mad. Germeuil y sus hijos continúan su paseo. Llegan á la conclusion del jardin; este lado daba al campo y estaba cerrado por un muro muy alto; mas para la comodidad de los inquilinos se habia abierto un hueco, y la reja que le cerraba estaba cubierta de tablas, para que los transeuntes no viesan lo que pasaba en el jardin.

Sin embargo, las tablas estaban casi podridas, la mayor parte de ellas ya se habian desprendido; y cuando la comitiva pasó por delante de la reja, apercibió una cabeza de hombre, que miraba al interior del jardin con mucha atencion.

Mad. Germeuil, dió un grito de sorpresa, Adelina se sobrecogió y el mismo Eduardo se inmutó al ver aquel rostro que no contaban encontrar allí.

El rostro del hombre que observaba el jardin, podia á primera vista causar temor: de ojos negros, color aceitunado con grandes bigotes y una cicatriz que cruzaba toda la megilla izquierda y parte de la frente, daba á aquella faz un aspecto salbaje que obligaba á desconfiar de él.

¡Ay Dios mio!..., que es aquello?... grita Mad. Germeuil deteniéndose repentinamente.

—Es un hombre cualquiera que se entretiene en mirar el jardin á traves de la reja, responde Eduardo mirando al forastero, que no se distraia y seguia mirando al jardin.

—Casi he tenido miedo, dice Adelina en voz baja.

—Pues yo confieso hija mia, que todavia no estoy tranquila.....

Y al decir esto, Mad. Germeuil se aleja de la reja y se pone detrás de su yerno.

En este momento el conserje se incorporó á la comitiva y al aproximarse á la puerta que daba al campo; vió el rostro que habia asustado á las señoras. Entonces hizo un gesto de disgusto y murmuró entre dientes:

—Aun está ahí...! Este maldito hombre no se irá nunca!...

El desconocido miró al conserje, y nuestros viageros leyeron en sus miradas la espresion de la rabia y del desprecio.

En seguida despues de haber examinado un

momento las personas que se hallaban en el jardin, separó la cabeza de las rejas y desapareció.

—Mucho deseara saber quien es ese hombre? dice Adelina mirando á su marido.

A fé que no puede ser cosa buena, dice la mamá, que respiraba con mas libertad desde que la cabeza de grandes bigotes habia desaparecido. Ese hombre debe tener muy malas intenciones; no es así Eduardo?

—Yo no voy tan lejos como vos, querida mamá. Si le hubiesemos visto por completo, puede ser que su rostro nos hubiera parecido menos singular.

—Tiene razon mi marido, mamá; yo creo que, el juzgar á una persona depende del modo en que se presente á nuestra vista. Muchas veces, un hombre vestido con harapos, inspira desconfianza; al paso que, si se nos presentase bien vestido, no le temeríamos. La noche, el silencio, la luz de la luna, la sombra que proyectan los objetos, todo cambia á nuestro modo de ver y agita nuestra imaginacion.

Querida mia, tú diras todo lo que quieras, pero ese rostro no es el de un hombre, que solo por curiosidad examina un jardin con tanto cuidado.

—Puede ser así, mas deseara haber visto por completo á ese desconocido.

—Diablo, dice el conserje, no hubieras visto nada bueno.

—Pues qué, le conoceis vos? pregunta Adelina.

(Se continuará.)

PRISION

de don Lorenzo Caballero y sus compañeros de armas.

(CONCLUSION.)

Marzo. 1.º Desde este dia al nueve no nos faltó nuestra media racion, como en el mes anterior.

9. Hoy se nos comunicó orden por Gaete ayudante de Cabrera para marchar al dia siguiente al cange de Segorbe, 2 capitanes, 4 tenientes, 20 subtenientes y 2 oficiales mas de cada clase de suplentes. Esta noticia no dejó de causar alguna conmocion. Todos los semblantes estaban tetricos, y taciturnos, y nadie encontraba esta noche el placer que semejante noticia debia causar. Solo la idea de tener que dejar, aunque por breves dias, á 40 oficiales compañeros fieles de desgracia, abandonados y espuestos siempre á perder sus vidas ó pasar los dias mas melancólicos, nos hacia estremecer, y sentiamos el momento de la despedida como si unos y otros fuéramos á ser conducidos á un destierro donde jamás volveríamos á vernos.

10. Desde la madrugada de este dia todos nos abrazábamos y derramábamos copiosas lágrimas por nuestra separacion; habíamos sufrido unos seis meses de continuas desgracias, y unos á otros nos animaba-

mós y consolábamnos en ella hasta el estremo de vender caras nuestras vidas defendiéndonos mutuamente, si por desgracia peligrasen. El saber que dentro de pocos días disfrutaríamos de felicidad, y ellos quedaban encerrados y mezclados entre asesinos, que con el ruido de sus grillos hacían mas horrorosa aquella mansión, nos causaba aun mas sentimientos, y al darnos los brazos volvíamos los rostros para hacer menos sensible este paso. Hastalos que se hallaban en otras habitaciones, y venían á vernos, les causó la mayor sensación. Salimos á las diez de la mañana y fuimos á comer á la Iglesuela, y pernoctamos en Villafranca del Cid.

11. Fuimos á comer á Benasal y á pernoctar al pueblo Adzaneta, donde nos alojaron, y fue el primer día que empezamos á disfrutar de buena cama.

12. Salimos para Alcora donde pernoctamos, y se nos dejó tambien en buenas casas.

13. Comimos en Ribesalbes y pernoctamos en Suera baja, alojándonos como el día anterior.

14. De Suera, por los pueblos de Peritandus y Beo, pasamos á la Alcudia, donde pernoctamos alojados.

15. Salimos de la Alcudia para Algimia de Almonacid, donde pernoctamos.

16. En este día llegaron á la Algimia los sargentos y soldados nuestros que desde su salida de Peñaroya estuvieron en el pueblo de Toda donde suministrándoles un rancho diario, unido á los recursos que de Castellon y Segorbe recibieron algunos, pudieron salvarse los restos de los desgraciados de Herrera. En este día debia haberse efectuado el cange de todos; pero por no estar prontos para este acto los prisioneros que habian de verificarlo con nosotros, solo marcharon 2 cadetes 2 sargentos y 92 soldados, cuyo cange se realizó en Segorbe. Se nos mudó de alojamiento, alojándonos en el centro de la plaza, privándonos de la libertad que los días anteriores disfrutamos. No dejó de causarnos alguna sorpresa esta determinación; y en efecto parece que Cabrera no queria cangear al brigadier Solano por Miranda, y si solicitaba fuese por Tallada. Al día siguiente volvimos atrás, y aun parecia que se tenia mas vigilancia para escoltarnos.

17. Salimos de la Algimia y pernoctamos en Villamalur, alojándonos, aun que mas reducidos, donde se nos dijo que todavia se tardaria algunos días en verificar el cange, pues se aguardaba la contestación del general Oraá para el efecto.

18. Descansamos en Villamalur hasta el 20.

20. Salimos de Villamalur y paramos á comer en Tates. En este pueblo corrió la voz de que se habia fusilado á Tallada, que no dejó de causarnos alguna sensación, en atención á que nuestras vidas estaban á disposición del monstruo Cabrera. Con motivo de acercarse la columna de Borso á levantar el sitio que Cabrera tenia puesto á Lucena, hizo poner en retirada á la facción que se hallaba en Tales y Onda, y seguimos tambien este movimiento, pernoctando en Rivesalbes. Esta noche todo eran conjeturas, y mil ideas tristes se agolpaban á la imaginación; ya creíamos volver otra vez á Cantavieja. Hubiéramos muy bien podido sustraernos la mayor parte del poder de nuestros guardias; pero el compromiso, la palabra de honor y lo que pudieran padecer nuestros compañeros, nos hacían superiores á todo, y esperabamos el porvenir con la mayor serenidad: los prisioneros de Herrera conocieron la desgracia, jamas la infamia.

21. De Rivesalbes salimos para Suera, donde pernoctamos, y á las nueve de la noche se recibió oficio del general Oraá para verificar el cange.

22. Salimos para Gaibiel, distante tres horas de Segorbe, donde pernoctamos, y se recibió oficio del gobernador de Segorbe, para que permaneciéramos en este punto, seguro de que seríamos respetados.

24. Permanecemos sin novedad, y hoy se cumplen siete meses de aflicción y desgracias.

25. Se recibió oficio del señor gobernador de Segorbe Hoxolm, para que el día siguiente á las seis de la mañana emprendiéramos el movimiento para el pueblo de Navajas, donde se verificaria el cange; pero como Cabrera tenia oficiado á su ayudante Gaeta para que el brigadier Solano no se cangease, habiendo marchado enfermo dicho ayudante, comisionado para nuestro cange, y encargado de nuestra custodia á otra de su misma clase llamado Garcia, este ofició á Gaeta pidiéndole esplicaciones sobre el cange del brigadier. A las seis de la tarde de este día entraron en Gaibiel dos compañías facciosas.

26. A las tres de la mañana de este día sentimos el toque de marcha granadera, cuya señal era para prepararse, y sin poder acertar si seria para marchar á Segorbe, nos vestimos con precipitación á dicho toque pero luego se dijo que no era para los prisioneros, y si para dos compañías que marchaban por raciones.

Los infames, validos de que mientras permaneciésemos allí el pueblo seria respetado por nuestras tropas, introducen de noche dos compañías mas en el pueblo, con el objeto de que saliendo á media noche puedan robar y extraer de las inmediaciones de Segorbe raciones y dinero; mas al valiente Mañez, gefe de una pequeña columna de cuerpos francos, no se le escapó semejante infamia, y saliendo con parte de la guarnición de aquella ciudad, encontró al enemigo y le acometió con la mayor intrepidez. Nosotros estábamos ignorantes de semejante caso, aguardando contestase Gaeta favorablemente sobre el cange del brigadier; y en efecto á las ocho se recibió el oficio, que felizmente decia se cangease. A las nueve de la mañana salimos de Gaibiel y nos dirigimos á Segorbe, y en el camino todos nos entregamos á la alegría pero no aun sin recelo de que todavia tuviéramos algun contratiempo. Asi fue: como á la mitad del camino, nos hallamos casi en medio del fuego que unos y otros hacían, y se nos metió en un barranco temerosos de que Mañez nos rescatase, y estuvo en muy poco que no nos volvieran atrás. El brigadier Solano pudo persuadir al ayudante de Cabrera, y marchó á Segorbe en union de don José Rajor; teniente de rey de Gerona, para verse con Hoxolm, y en el momento se retiraran unos y otros; habiendo resultado por nuestra parte la pérdida de un soldado muerto y dos heridos.

Ya divisábamos los muros de Segorbe; su vista nos causaba la mayor agitación, y nuestros corazones palpitaba de gozo al ver tan cerca las puertas de nuestra felicidad. El sonido del clarín y las cajas de nuestras tropas resonaban en nuestros oídos, y veíamos con placer la masa que salía hácia el llano donde debia verificarse el cange. Las banderolas de nuestra caballería, movidas por un céfiro blando, ondeaban en aquellos campos formando la mayor armonía, y al hermoso sol que este día nos acompañaba, relumbra el acero brillante de sus lanzas, haciendo un contraste tan sin igual para los desdichados que en siete meses y dos días no habia visto nada de esto, que les parecia aun mas grandioso este acto solemne.

Hicimos movimiento, y llegados al pueblo de Navajas nos estaban esperando ya unos cuantos lanceiros del 4.º de ligeros, que abriendo calle siguieron la marcha. A la vista de nuestros soldados todos lloraba-

mos de gozo; pero aun reparábamos que nuestros asesinos nos rodeaban y no dos podíamos ensanchar como queríamos. Un gentío numeroso que de Segorbe y los pueblos inmediatos salían á vernos, nos obstruía el paso, y todo el mundo compadecía á los prisioneros de Herrera. Verificado el cange, no nos hallábamos de puro gozo, todos nos abrazaban, y todos se amotinaban á saber nuestras desgracias, estremeciéndose horrorizados.

Entramos por fin en la ciudad acompañados de su digno gobernador Hoxolm, y de la oficialidad del regimiento provincial de Santiago, de guarnición en la misma; y este paso hacia un contraste enteramente patriota y entusiasta. Los oficiales de la guarnición ejército mezclado entre nosotros, que la mayor parte veníamos llenos de andrajos, paseamos las calles del pueblo con el mayor entusiasmo y agarrados del brazo. Seguidamente entramos en el palacio del gobernador, donde de antemano estaba preparada una brillante mesa, que servida por los dignos compañeros que nos obsequiaban, hacían los manjares aun mas delicados. Todo esto unido á los dulces sonidos de la música, que entonaba los himnos de nuestras glorias no parecía que habíamos descendido del centro de las cavernas mas horribles á un paraíso lleno de felicidades.

Después de la comida, que fue espléndida, nos sacaron por las calles de la ciudad precedidos de la música, y casi nos conducían en triunfo entonando himnos patrióticos, y repitiendo algunos tristes versos que en nuestra prisión habíamos compuesto. En el café de esta ciudad y principal, se nos sirvieron abundantes refrescos donde una beldad, decidida entusiasta de su patria, desde el balcón nos arrojó infinidad de dulces de todas clases. La fiesta duró hasta las diez de la noche, comunicándonos la orden para marchar al día siguiente á Murviedro.

Quisieramos haber podido expresar á nuestros dignos compañeros de armas el agradecimiento y gratitud; pero la premura de nuestra marcha no lo permitió. No dudeis, pues, amados compañeros, que vuestra memoria siempre estará grabada en nuestros corazones, y que nos contemplaremos dichosos si aceptan en prueba de la amistad y reconocimiento las muestras que de ello os dimos mientras permanecimos juntos.

27. Salimos de Segorbe para Murviedro, proporcionándonos carros por hacer la marcha con toda comodidad. Como á las cuatro de la tarde estábamos ya frente al castillo de dicho pueblo, donde salió á recibirnos el teniente general don Marcelino Oráa, y el mariscal de campo don Froilan Mendez Vigo, acompañado de su estado mayor, y seguidamente ambos generales y jefes nos hicieron admitir su mesa.

Para evitar toda duda sobre la exactitud de este diario que precede, le firmamos los compañeros de desgracia del autor, hechos prisioneros y cangeados en el mismo día.

Capitanes, don Antonio Molina.—D. Bernardo Pajeni.—D. Manuel Michelena.—D. Benito Carbajales.—D. Miguel Rosell.—D. Francisco Lloret.—D. Pedro Navas.—D. Antonio Castro.—D. Antonio Gonzalez.—D. Victoriano Ametller.—Subtenientes: D. Luis Pujol.—D. Alejandro Pujol.—D. Pablo Salazar.—D. Gaspar Calderon.—D. Lorenzo Lanza.—D. Francisco Perez Canal.—D. Bernardo de la Muela.—D. Alvaro de Luna.—D. Francisco Rodriguez Castro.—D. Juan Rodriguez.—D. Bautista Fernandez.—D. Dimas Martinez.—D. Nicolás Fierro.—D. Lorenzo Ponte.—D. Pedro Tauste.—D. Mariano Jai-

me del Pozo.—D. Ramon Lopez.—D. Manuel Rodriguez.

A LA NOCHE.

(Recuerdos.)

Estaba silenciosa
La triste noche, y allá del firmamento
Pendía luminosa
La pléyada brillante;
Y de la apaca luna el macilento
Fulgor, la tierra con su luz bañaba,
Y en los mares su rostro retrataba,
Yacian en reposo
Los fieros aquilones, y el torrente
Con su ruido medroso
La calma interrumpia;
Los mares no agitaban su corriente,
Solo el rio muy vago sollozaba
Y la brisa en la selva suspiraba.
Era aquella la calma
Que la profunda noche nos presenta,
Mensajera que al alma
Mil recuerdos envía;
La calma que el pavor y el miedo au-
(menta.

Acarreando quiméricas visiones
Reflejos de pasadas ilusiones...
Y cual en lid confusa van pasando
Los fieros escuadrones, inclemente
Va la lóbrega noche reflejando
Mil recuerdos funestos á la mente,
Allá van y se agitan,
O surgen del espacio en las regiones
Los sustos que la habitan,
Las sombras y perfidias;
Y tambien, fugitivas y asustadas
Cruzan las esperanzas marchitadas.
Allí de la espesura
De las nuves ¡oh noche! me presentas
Su fugitiva y pálida figura
Que descende en brazos de las auras
(lentas.

Dándo á la dulce brisa
La undosa cabellera y la flotante
Túnica, su sonrisa
Tímida ¡Ay! me envía,
La veo descender, vaga, ondulante;
Y suave y silenciosa,
Perderse en el espacio vaporosa.

Así pasa la noche despiadada,
Llevando en pos de sí la turba impía,
Que descende al abismo, su morada,
Al despertar la luz del claro día.

El Escéntrico.

SECCION RELIGIOSA.

Dia 8. Santa Brígida viuda y san Demetrio martir.

Dia 9. San Dionisio Areopajita obispo y compañeros martires.

Dia 10. San Francisco de Borja y san Luis Beltran confesor.

Dia 11. Santos Fermin y Nicasio obispos.

GACETILLA.

Sueños.—Bonitos han sido los que tuve ayer por la tarde que me quedé dormido, estando leyendo LA REVISTA OVETENSE. Al principio la fantasía se fijaba en muchas cosas, pero luego empezó lo mejor. Vi en el tejado de las casas consistoriales y su parte media una *torrecilla* construida con el mejor gusto, donde se hallaba colocado un magnífico *reloj de dos esferas* que daban vista á la plaza de la Constitucion y á Cimadevilla; pero lo que mas llamó mi atencion fué al ver la torre de la Universidad literaria concluida por completo, y sentado en la cúspide, un hombre de grande barba que miraba al cielo por un telescopio y pin-

taba en un pliego de papel algunos *escarabajos* que yo no entendía, por lo que comprendí que era un *astrónomo* y que el torreón habia llegado por fin á ser *observatorio*.

Tambien noté que todas las calles estaban mas derechas que un *fusu*. Vi un nuevo matadero, ¡que bonito era! Por último vi *derribar* la casa núm. 2 de la calle de San Juan, pero noté que ofrecia muy mal aspecto la contigua de la Platea. Quisiera no haber despertado nunca, como siempre estuviese soñando cosas tan buenas; mas per desgracia *los silvidos penetrantes de la locomotora* me despertaron, y volvieron todas las cosas al ser y estado que tenían antes de dormirme.

A afeitarse.—El señor Parga, muy conocido en Oviedo y que sabe grangearse la estimacion del público, ha introducido en su barberia sita en la calle del Peso, muchas mejoras, á fin de dar gusto á sus favorecedores. Su amabilidad y la limpieza con que egerce su oficio, excita al que entra por primera vez en su establecimiento á volver, siempre que tiene necesidad de *acicalarse*. Procura agradar á todos, lo mismo al de levita, botas de charol y *copa alta*, que al de blusa, alpargatas y boina; por lo que es apreciado por todos y sobre todo por la honrada clase artesana que le favorece. Tiene á la venta y para uso de sus parroquianos, una coleccion de toda clase de perfumería.

24 BIBLIOTECA DE LA REVISTA OVETENSE.

Los lectores recordarán su contenido.

—Me has ofendido Vanél, exclamó en alta voz De-Bances; me has ofendido pero ya que te plugo obrar tan cobardemente con quien jamás te agravió, la suerte decidirá. Pobre soy, pero con honra; con tu sangre lavaré mi afrenta... ¡Edmundo Vanél; duelo á muerte!

Y Adalberto cegado, olvidando á Blanca, á Berta y al mundo entero, preocupado únicamente con la idea de morir ó matar, tomó su sombrero que estaba encima de una silla y se dirigió á la puerta de salida.

Pero al ir á picar al dintel, apareció la hija de doña Maria, pálida y con el rostro desencajado.

—Deteneos, gritó esta estendiendo su torneado brazo con direccion al jóven.

El huérfano se paró mirando al segundo angel de sus ensueños.

—La ofensa ha sido á mi y no á vos; continuó la trémula niña.

—Es en vano Berta; he formado mi resolucion; ó le mato ó... me mata.

—¿Olvidais que Edmundo está á dos leguas de la poblacion?

No me importa. Los agravios no admi-

ADALBERTO DE BANCES.

21

Repuesto por fin del efecto causado por las palabras de su íntima amiga, de su hermana, pues se crió con ella, la dijo:— Olvidas mi afecto de esa manera? Olvidas que el sino nos ha marcado en el mundo el mismo camino?

No recuerdas que la horfandad nos abarcó á los dos, que somos de igual tiempo y nos amamantó igual pecho? ¿Has borrado de tu memoria que perdiste al nacer á tu madre, y han pasado cuatro años desde que viste por última vez al que te dió el sér? ¿Que te privaron de él, homicidas espadas y te encontraste aislada y sin recurso teniendo que trabajar para poder vivir?

¿No recuerdas que cuando eramos niños nos dabamos muestras de afecto en nuestros juegos?

¿Y todo eso, estos ensueños, aquellos lazos y tan fraterno y puro amar, quieres ó crees que yo puedo cambiarlos por otros rompiéndolos solo por gusto de romperlos y cambiarlos? Oh! no! nunca. Mi dicha, mi gloria, mi felicidad estriba en recordar tan puros y tranquilos tiempos. ¡Y tú pensabas tan mal! Me juzgabas tan inconstante en mi fé que fuera olvidar cuanto nos

Siga por este camino el Sr. Parga, y logrará conseguir por completo su objeto.

No faltaremos.—En el círculo mercantil é industrial, se celebra hoy una junta general extraordinaria, para tratar de un asunto local de interés.

Sr. Director de LA REVISTA OVETENSE.

Conmover era el cuadro que ofrecía Candás el 27 del presente. Si alguna vez el corazón siente con violencia por la humanidad doliente, nunca tanto, como cuando vé todo un pueblo en lucha horrible y exasperada con el capricho de las olas.

Serian las ocho de dicho día, y comenzaron á sentirse salir del mar roncós bramidos, preludio de tempestad efectivamente, á las dos se presentó con todos sus horrores: la llanura del mar se cubrió de una multitud inmensa de montañas, cuya impotente altura amedrentara al más valiente; estas al llegar al muelle, que más se extiende hácia el mar, saltaban por su almena, convirtiéndola en una larga cascada, que en su ruido parecía llevar tras sí grandes moles; de vez en cuando aparecían entre las olas las lanchas de la pesca de sardina, que de muy temprano habían salido del puerto con aquel objeto: con esto puede vd. figurarse la alarma que causaría en los vecinos del pueblo que veían su familia y su fortuna próximos á ser sepultados en los abismos del mar: de aquí, que instantáneamente, los pocos hombres que restaban, corren presurosos á las almeas para animar desde allí á sus hermanos y ayudarles con *cabos* en caso de necesidad, y el muelle, la ribera y las alturas todas, se coronan como por encanto, con infi-

nilidad de personas. ¡Que aspecto tan triste! por un lado un concurso grande de niños y mujeres, que deploran tristemente la suerte de un padre, de un hermano y de un esposo: aquí un anciano que arriado á una pared y no pudiendo contener el dolor, por el peligro de su hijo único, brota de sus ojos una lágrima, quizá la primera de su vida; allí una madre que preñados sus ojos de llanto copioso, estrecha tiernamente á sus hijos mandándoles rueguen al cielo por el feliz arribo de su padre! por otro, una multitud de frágiles y casi imperceptibles embarcaciones, que, juguetes del mar... ¡ah! quien sabe si dentro de un momento habrán desaparecido para siempre!...

Sin embargo, éstas entre tanto, procuran aproximarse, mas ¿cómo entrar? las olas al estrellarse, convierten la entrada en una rompiente, fuerza es esperar algún tiempo, en qué, como el huracán se tranquilice un momento: efectivamente este se aprovecha; pero ¡ah! que caro les cuesta los esfuerzos de los remeros son exasperados, como los únicos que restan para salvar su vida: al fin entra, y apenas la quilla toca la tierra, cuando la entrada vuelve otra vez á cerrarse.

Así fueron entrando todas, no sin aprovecharse del *cabo* que se les tiraba desde tierra, cuando alcanzándoles las olas les alejaba de la vía.

Hace mucho tiempo que no se presenció una escena semejante.

Un suscriptor.

Candás y setiembre 30 de 1866

Editor responsable, D. JOSÉ ALVAREZ.

OVIEDO: Imp. de la viuda de Pedregal.

Postigo 22.

22 BIBLIOTECA DE LA REVISTA OVETENSE.

¡une!!... Ah! Blanca! Blanca!!...

Y en el silencio que siguió á esta franca confesion por parte de nuestro jóven, la huérfana murmuraba para sí:—soy feliz! Me ama Dios mio! me ama!..

Luego en voz alta añadió:—¿Me perdonas?

—¿Que si te perdono? exclamó Adalberto.—Oh! sí; ¿qué no te perdonaria?

Yo, que en mi intermitente dolor, viviendo á solas con mi pesar, no tengo mas consuelo que tu recuerdo.

Yo, que amando estoy á la mujer que no conoce es la vida de mi vida!..

Yo, que rendido ya al padecer, vivo para un ángel que quizá no piense jamás en mí!...

Yo, que... te am...

—Cállate Adalberto. Si alguno nos oyera...

Sin duda la jóven habia notado algo, pues cortando de repente la palabra, y poniendo su índice en los labios del hombre á quien queria, obligó á este á quedar en observacion.

De pronto, hechó á andar hácia la puerta que conducía á la habitacion de la dueña de la casa, y dándole un á Dios desapa-

ADALBERTO DE BANCES.

23

reció de la presencia de De-Bances.

La modista habia sido avisada para tomar medida de un vestido á doña Maria de Cardona.

V.

CELOS Y AGRAVIOS.

El huérfano quedó solo con la vista clavada en el sitio por donde desapareció su ideal. De repente hirió su vista un papel que en el suelo habia, era uno de los dos pedazos de la carta de Vanél, que Berta arrojó al pavimento y que la griseta con el aire de su vestido al andar atrajo hácia ella.

El primer pensamiento que cruzó por la mente de nuestro protagonista, fué que se le habria caído casualmente á Blanca; así es, que lo cogió con avidéz y comenzó á leerlo. Era la segunda mitad; á Adalberto le bastó, pues estaba allí casi todo el escrito.

Se desconfiaba de él, y se le iba á arrojar de aquella casa.